

## **Caminos concretos para educar en la esperanza:**

*El Papa Benedicto XVI, en la encíclica Spe salvi”, dirige nuestra atención a algunos "lugares" donde se puede dar un aprendizaje práctico, a la vez que un ejercicio efectivo, de la esperanza.*

Entre esos lugares se encuentra en primer lugar **la oración**, con la que nos abrimos y nos dirigimos a Aquel que es el origen y el fundamento de nuestra esperanza porque:

-La persona que ora nunca está totalmente sola,

-En la oración, el Señor aumenta nuestro deseo y dilata nuestra alma, haciéndonos más capaces de acogerlo en nosotros.

-La verdadera oración es un proceso de purificación interior, en el que nos exponemos a la mirada de Dios y ante la luz del rostro de Dios caen las mentiras y las hipocresías y aparece la verdad de nosotros mismos y la verdad de los acontecimientos. Este exponerse en la oración al rostro de Dios nos renueva, nos libera y nos abre no sólo a Dios, sino también a nuestros hermanos y nos capacita para aceptar nuestras responsabilidades con respecto al prójimo.

-En la oración aprendemos a tener el mundo abierto a Dios e ir transformándonos en creadores de la esperanza para los demás.

Así pues, educar a orar y aprender "el arte de la oración" es una tarea esencial. Si aprendemos a orar, aprendemos a vivir. Juan Pablo II en la carta apostólica "Novo millennio ineunte" n. 33, nos decía que nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser auténticas "escuelas" de oración, donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha e intensidad de afecto, así, la esperanza cristiana crecerá en nosotros. Y con la esperanza crecerá el amor a Dios y al prójimo.

El segundo lugar **es la acción**. Como discípulos de Jesús, los cristianos participamos con alegría en el esfuerzo por hacer más bello, más humano y más fraterno el rostro de nuestro mundo, para robustecer su esperanza y la alegría de una pertenencia común.

-En particular, trataremos de promover y colaborar en la creación de una cultura y una organización social más favorables a la familia y a la acogida de la vida, así como a la valoración de las personas ancianas.

-Trabajaremos para ayudar a encontrar respuestas reales a las necesidades primarias de la persona: la comida, el trabajo, la vivienda, la sanidad y la educación.

-Compartiremos el compromiso de hacer que el lugar en que vivimos sea más seguro y "habitabile" para todos, especialmente para los más pobres, y que no se excluya a ningún inmigrante que venga a nosotros con la intención de encontrar un espacio de vida respetando nuestras leyes.

Todo esto desde una actitud de gran confianza, de tenacidad y de valentía, pues el creyente sabe que, a pesar de todas las dificultades y los fracasos, su vida, su actividad y la historia en su conjunto se encuentran custodiadas por el poder indestructible del amor de Dios; y que, por tanto, no quedan nunca sin fruto y no carecen de sentido”.

Desde esta perspectiva podemos comprender más fácilmente que la esperanza cristiana vive también en **el sufrimiento**; más aún, que precisamente el sufrimiento educa y fortifica de modo especial nuestra esperanza. -Ciertamente, debemos "hacer todo lo posible para disminuir el sufrimiento; impedir cuanto se pueda el sufrimiento de los inocentes; aliviar los dolores y ayudar a superar las dolencias psíquicas.

-Sin embargo, no podemos eliminar totalmente el sufrimiento del mundo. No es la evasión ante el dolor lo que cura al hombre, sino la capacidad de aceptar la tribulación y madurar en ella, dándole sentido mediante la unión con Cristo. Eduquémonos cada día en la esperanza que madura en el sufrimiento propio.

-Desde la fe cristiana suscitar en cada hombre o mujer un modo nuevo y profundidad nueva, para compartir el sufrimiento del prójimo, el cual así ya no está solo en su sufrimiento.

-El sufrir por amor al bien, a la verdad y a la justicia supera ampliamente nuestras fuerzas, pero resulta posible desde el com-padecer de Dios por amor al hombre en la pasión de Cristo.

-Creceremos en la esperanza mediante la ayuda concreta y la cercanía diaria al sufrimiento tanto de nuestros vecinos y familiares como de toda persona que es nuestro prójimo, porque nos acercamos a ella con una actitud de amor. Además, aprendamos a ofrecer a Dios, rico en misericordia, las pequeñas pruebas de la existencia diaria, insertándolas humildemente en el gran "com-padecer" de Jesús.

-La esperanza de los creyentes en Cristo no puede limitarse a este mundo; está intrínsecamente orientada hacia la comunión plena y eterna con el Señor.

Para que la educación en la esperanza recobre sus verdaderas dimensiones y su motivación decisiva, todos los agentes de pastoral, debemos volver a poner en el centro de la propuesta de fe esta gran verdad, que tiene su "primicia" en Jesucristo resucitado de entre los muertos (cf. 1 Co 15, 20-23). (cf. Discurso de Benedicto XVI, el 9 de Junio de 2008 en Juan de Letrán)

## LA VOZ DE LA IGLESIA HOY

*Del Discurso del Papa Benedicto XVI*

Cuando en una sociedad y en una cultura marcadas por un relativismo invasor y a menudo agresivo parecen faltar las certezas fundamentales, los valores y las esperanzas que dan sentido a la vida, se difunde fácilmente, tanto entre los educadores evangelizadores o padres), la tentación de renunciar a su tarea.

En ambientes así, los niños, los adolescentes y los jóvenes, aún rodeados de muchas atenciones y protegidos quizá excesivamente contra las pruebas y las dificultades de la vida, al final se sienten abandonados ante los grandes interrogantes que surgen inevitablemente en su interior, al igual que ante las expectativas y los desafíos que se perfilan en su futuro. Ahora bien, educar, evangelizar nunca ha sido fácil, y hoy parece ser cada vez más difícil, cuando existe una mentalidad y una forma de cultura que llevan a dudar del valor de la persona humana, del significado mismo de la verdad y del bien, en última instancia, de la bondad de la vida. Se hace difícil, entonces, transmitir de una generación a otra algo válido y cierto, reglas de comportamiento, objetivos creíbles sobre los que se puede construir la propia vida.

Es un tema que implica, ante todo, a las familias, pero concierne también muy directamente a la Iglesia, a la escuela y a toda la sociedad. Así tratamos de responder a la "emergencia educativa", que constituye para todos un desafío grande e ineludible. El objetivo que nos hemos propuesto para el próximo año pastoral "Jesús ha resucitado: educar en la esperanza mediante la oración, la acción y el sufrimiento". Jesús resucitado de entre los muertos es verdaderamente el fundamento indefectible sobre el que se apoya nuestra fe y nuestra esperanza. Lo es desde el inicio, desde los Apóstoles, que fueron testigos directos de su resurrección y la anunciaron al mundo a costa de su vida. Lo es hoy y lo será siempre. Como escribe el apóstol san Pablo en el capítulo 15 de la primera carta a los Corintios, "si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación y vana es también vuestra fe" (v. 14); "si solamente para esta vida tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, somos los más dignos de compasión de todos los hombres" (v. 19).

A la luz de Cristo resucitado se comprende la verdadera dimensión de la fe cristiana, como "la esperanza que sostiene y transforma nuestra vida" (Spe Salvis, 10)

Dice Benedicto XVI, que en la sociedad y cultura de hoy, no es fácil vivir bajo el signo de la esperanza cristiana...aunque son muchos los problemas por afrontar, el problema fundamental del hombre de hoy sigue siendo el problema de Dios. Ningún otro problema

humano y social podrá resolverse verdaderamente si Dios no vuelve a ocupar el centro de nuestra vida.

Solamente así, a través del encuentro con el Dios vivo, manantial de la esperanza que nos cambia desde dentro y no defrauda (cf. Rm 5, 5), es posible recuperar una confianza fuerte y segura en la vida, y dar consistencia y vigor a nuestros proyectos de bien.

Por consiguiente, a fin de "educar en la esperanza", es necesario ante todo abrir a Dios nuestro corazón, nuestra inteligencia y toda nuestra vida, para ser así, en medio de nuestros hermanos, sus testigos creíbles.

### **ESPERANZA Y SENTIDO DE LA VIDA.**

La esperanza no es una virtud pasiva, sino dinámica, activa y con visión de futuro. Para quienes pensamos en cristiano y orientamos la vida diaria con voluntad de sentido y en un plano trascendente, nuestra esperanza es también esa parte de la fe que nos garantiza que todas nuestras inquietudes, esfuerzos y entrega incondicional para construir un mundo mejor, no será inútil. Necesitamos creer y esperar que es posible la transformación del hombre de hoy, aunque todavía siga sin encontrar su norte, su sentido y la razón de su existencia, perdido como está en esa corrupción y materialismo que nos invade.

Necesitamos creer y esperar que la victoria final, la definitiva, será del perdón, de la compasión, de la ternura, de la verdad, de la honradez, de la generosidad, del compartirlo todo como hermanos, de la solidaridad y del amor entre todos los hombres.

Necesitamos creer y esperar en la cosecha abundante de nuestra humilde siembra personal de cada día y que nuestros intentos tan limitados y pobres no serán en vano.

Necesitamos creer y esperar que el futuro del mundo pertenecerá a aquellos que sepan vivir, sentir y ofrecer una más viva y gozosa esperanza, adoptando una actitud de constante renovación y transformación, porque se resisten a pensar en un presente teñido de desesperanza como algo definitivo.

Necesitamos creer y esperar que nuestra vida tiene un sentido, y, por mal que estén las cosas, la esperanza cristiana es siempre el tónico del espíritu que nos alienta. Vigoriza y empuja a la acción eficaz, sin permitir que se apodere de nosotros el desaliento. Porque la esperanza no significa ponerlo todo en manos de Dios y quedarnos después con los brazos cruzados.

Los problemas que tenemos aquí en la tierra han sido creados por los hombres y debemos resolverlos los hombres con nuestra

inteligencia, nuestra fe, nuestra voluntad y nuestro cristianismo. La esperanza se realiza en la acción.

Los triunfadores, en todos los campos y en cualquier época de la historia, fueron hombres y mujeres de esperanza-acción, pues no se quedaron a dormir aguardando pacientemente a que el éxito llamara a su puerta.

Fueron ellos quienes salieron en su búsqueda cada día sin permitirse ni por un instante el desaliento y en sus corazones permaneció siempre viva la esperanza-acción como virtud transformadora.

La esperanza cristiana es, por encima de todo, una "virtud del sentido", del auténtico por qué de nuestra existencia, que no es otro que la siembra incansable de la bondad y del bien para un futuro sin límites, para una felicidad desbordante en la Casa Eterna de todos, donde despojados de miserias, temores, conflictos, enfermedades y dolores, sólo habrá tiempo-eternidad para el amor.

El hombre de esperanza es siempre caminante y peregrino esforzado, con los pies en la tierra, hinchados y adoloridos por el áspero y duro caminar, pero su mirada larga y serena sigue fija en la estrella más alta.

El hombre de esperanza, aunque sabe valorar los éxitos y las pequeñas esperanzas de cada día que producen cierto bienestar y contento, tiene bien claro que sólo la Esperanza con mayúscula dará pleno sentido a su vida y será la fuente de profunda felicidad interior.

El hombre de esperanza es una persona centrada que ha hecho del amor la razón de su existencia y encuentra la felicidad en la actitud de servicio, en ser útil a los demás y en la entrega gozosa a la defensa de la verdad y del bien.

El hombre de esperanza se siente inundado de paz interior, vive la alegría y la contagia y sabe que en esta virtud tiene la mejor compañera de viaje hacia ese "porqué" de su existencia, y es también la esperanza quien le ayudará a soportar cualquier "cómo". La calidad de nuestros pensamientos determina en buena medida la calidad de nuestra vida. Por eso: "Puedo en la misma medida en que pienso e imagino que puedo lograr algo, sea lo que sea."